Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 20

San José, Costa Rica 1927 Sábado 28 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Embajadas de arte*, por B. Sanín Cano.—*Prosas* de Max Jiménez.—*Respuesta al Cuestionario del señor Vincenzi*, por el Dr. Salvador Mendieta.—*Los menesteres de civilizar*, por Moisés Vincenzi.—*Una hora con la señora Amanda Labarca*, por Raúl Selva Castro.—*El caso de Nicaragua y el deber de la América Latina*, por José Rafael Pocaterra.—*Las dos Españas*, por Alberto Gerchunoff.—*Carta de Unamuno*.—*Ibsen y Kierkegaard*, por Miguel de Unamuno.—*Carta de Ibsen a Brandes*.—*El régimen militar en Chile*, por Rómulo Tovar,—*Página lírica* de Carlos Luis Sáenz, Rafael Estrada y Rogelio Sotela.—La Edad de Oro: *El reparto de la dádiva*.—*El elogio de la lengua materna*, por Magón.—*Los escritores chilenos y la dictadura militar*, por Agustín Castelblanco.

Embajadas de arte



Por

B. Sanín Cano

Los colombianos que eran adolescentes entre 1870 y 1880 tendrán viva en la imaginación, si vivían entonces en provincias, el aura de gloria con que era anunciada en esas regiones la llegada de una compañía ambulante de cómicos españoles. La ciudad tomaba súbitamente un aspecto espiritual distinto. Nacía, sin saberse cómo, un vivo y novísimo interés por las novelas y la historia. Gentes que nunca, o apenas de tarde en tarde echaban los ojos sobre un libro, se acordaban nuevamente del abecedario y el catecismo y trataban de reanudar sus relaciones con la letra de molde. No sólo renacía la vida espiritual; corría por la pequeña ciudad un hálito de renovación y se notaba en las calles y plazas mayor animación. A las tiendas de comercio acudía mayor número de clientes y el billar y la cantina, centros sociales de ese pequeño mundo provisional, regurgitaban de parroquianos ansiosos de obtener noticias sobre la compañía de los recién llegados artistas.

El primer ciudadano favorecido por la suerte con un breve coloquio con el vendedor de tiquetes, adquiría subita notoriedad y no mediano prestigio. «Traen magníficas decoraciones» era la frase de efecto con que solía llevar al punto culminante la admiración de sus oyentes. No conocía al director, pero el vendedor de tiquetes le aseguraba que era hombre apenas llegado a la cuarentena, rubio, de ojos claros, alto y delgado, muy bien puesto y de una voz y una memoria sorprendentes. Alguno le había visto pasar. Otro refería con no encubiertas señales de importancia cómo entre las seis y las siete de la tarde anterior, cuando apenas hacía media hora que los cómicos habían llegado a él, le había tocado la fortuna de ver en la ventana de la fonda donde la compañía se hospedaba, por entre los barrotes pintados de bolo, la cara espiritual e indulgente de la dama joven, vestida de entre casa, con el cabello suelto.

Los dos curiosos venían a ser dos entes privilegiados. El uno había hablado con un hombre que sabía parte de los secretos del director; el otro había podido contemplar el fulgor apacible de una estrella en las horas prestigiosas del crepúsculo tropical. La ciudad hervía en comentarios sobre lo desconocido y gustaba anticipadamente el placer de las inesperadas sensaciones de arte que anunciaba en ese pueblo, para el sábado próximo, la crónica de las esquinas y el parlamento de los costureros. «Son españoles todos» decía uno. «En la fonda me dijeron que pronunciaban con la «ce» y la «zeta» y tratan de tío a los criados que traen». Eran españoles. La nacionalidad de los cómicos obraba sobre la imaginación de ancianos y adolescentes de diversa manera. Los ancianos que habían luchado en la guerra magna contra el poder de España, decían a quienes querían oirlos: «En verdad luchamos contra ellos, pero de esto hace ya mucho tiempo, y no los combatimos como alumnos de Talía o de Melpómene, sino como gobernantes. En la escena son insuperables y en la escena aprende uno muchas cosas que la vida en estos pueblos no alcanza a enseñarnos, y otras que no están en los libros. Y luego, tienen mujeres y hombres una gracia que ni la del bautismo». Los adolescentes no podían fijar sus impresiones y menos sus expectativas en frases tan precisas como el anciano; pero se sentían cautivados por el carácter extranjero de los comediantes y más que todo por el hecho de ser extranjeros que hablaban español.

Por una obsecación inexplicable de los gobiernos españoles que se sucedieron entre 1820 y 1880, España no quiso reconocer la existencia de nuestra nación hasta los setenta años del grito de emancipación y los sesenta de haber abandonado sus hijos para siempre el territorio de Nueva Granada como mandatarios. Irracionalmente y con una tenacidad de hombres demasiado firmes en sus convicciones y principios, nuestros gobernantes mantenían un estado de espíritu nacional, por medio de celebraciones anuales, de himnos cantados en las escuelas y de obras de historia sencillas y parciales, sin contar la explicación de los colores nacionales, que hacía de cada colombiano un enememigo de España. La historia patria era un memorándum de agravios. El Atlántico representado por el azul de la bandera, llenaba muy bien su papel separándonos de España.

Pero ni el océano ni los colores de la bandera, ni la enseñanza de la historia patria lograron mantener apartados a los españoles de estas costas a quienes el mar azota infatigablemente y con aparente rencor. Venían de tarde en tarde los cómicos ambulantes y renovaban transitoriamente con las piezas que ponían en escena y con los recuerdos que su presencia suscitaba, el prestigio de la gloria peninsular. Los actores ambulantes procedentes de España han hecho, durante tres cuartos de siglo, más por la fraternidad de la raza

que todos los gobiernos españoles y las uniones hispanoamericanas con la prodigalidad de sus condecoraciones y decretos, y con toda la vehemencia de sus discursos de sobremesa. La lengua, el arte y las tradiciones forman un lazo más firme y más tenaz que todo el artificio de las relaciones oficiales cuya pompa, vacía de sentido para el público de los dos mundos, más bien suscita la sonrisa y el comentario regocijado de los humoristas profesionales.

Estas reflexiones me sugiere la visita que dos compañías de artistas americanos han querido hacerle a la escena bogotana en este año de gracia. Vienen de los dos extremos de esa variada y riquísima zona de cultura hispánica que se extiende desde Magallanes hasta el Río Grande del Norte. Son casi opuestos sus medios de expresión: Guadalupe Cacho usa el cuadro escénico, pintoresco y simbólico, de la canción popular, de los bailes regionales y de los instrumentos de música que trajo a estas comarcas el andaluz, y en cuyas cuerdas multánimes se ha asentado con carácteres de perennidad el alma de muchos pueblos que ha hallado en ellas adecuada expresión a sus más característicos y trascendentales estados de sentimiento. Camila Quiroga expresa su sentido del arte y su concepto de la vida americana en las obras dramáticas de su propia estirpe, de los españoles de hoy y de algunos autores extranjeros, todo, en la lengua de nuestros padres.

Las dos, cada cual a su modo y dentro de los límites de su arte, desarrollan una digna misión de cultura y con ella obtienen virtualmente y por derivación, grandes resultados sentimentales, en favor de la fraternidad americana. La ignorancia cimeria en que vive cada uno de estos pueblos de lo que pasa en los otros y de lo que anhelan y han realizado aisladamente, no se disipará seguramente por la acción aislada e inconsulta de los gobiernos, antes inspirados en el favor personal que en las necesidades de la estirpe. Es la verdad que muchos representantes conspicuos de algunas repúblicas americanas apenas se dan cuenta de lo que implican los vínculos de raza, la comunidad de las tradiciones culturales y la necesidad de progresarlos.

No es una feliz coincidencia que sean de mujeres los nombres con que se representan estas dos cruzadas artísticas. En América toda obra de significación nacional ha recibido providencialmente, para lograrse, la colaboración y el buen augurio femeninos. Será preciso estimular esta corriente de peregrinaciones artísticas en todos los rumbos de la rosa y hacer de ellas un elemento de cultura y de fraternidad. En cincuenta años de poner negro sobre blanco y de enviar misiones, fundar academias y patrocinar esfuerzos individuales con tendencia a lo grotesco, los gobiernos americanos apenas han logrado mantener la indiferencia de unos pueblos para con los otros y hemos de dar gracias a la providencia de las naciones si no han logrado con su robusta ignorancia ahondar las insignificantes diferencias que nos separan.

Cada día que pasa la prensa les arrebata a los gobiernos, sin que éstos se den cuenta de la transmisión, funciones que antes no hubieran cedido sin verse forzados a ello por la violencia o por la ley misma. Su creciente incapacidad de un lado, y de otro las abrumadoras exigencias de la llamada civilización, los ha puesto en la necesidad de dejar que la prensa asuma funciones directivas de caracter espiritual, que por su tenuidad y creciente depuración se escapan a la miopía y al tacto bronco de funcionarios enfermos de anquilosis intelectual en todas las zonas. En esta labor de aproximación americana la prensa de Colombia, país el más remoto de los centros de cultura, pero culto en sus cumbres intelectuales como los más favorecidos, debía propender por que menudeen estas visitas de embajadores y embajadoras del arte, no sin proveer por que algún día y decorosamente podamos enviarlos nosotros a las tierras americanas de semblante amigo.

(*El Tiempo*. Bogotá)

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Arturo Capdevila: *América*	₡ 4.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea*	3.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas*	2.00
Leopoldo Lugones: *Odas seculares* .	4.00
R. A. Arrieta: *Ariel corpóreo*	4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: *París-América*, N.º 1	3.00
A. Messer: *De Kant a Heggel*	4.50
M. Scheler: *El resentimiento en la moral*	4.50
Varios: *La Escuela de «Las Rocas»*.	2.25
Cuadernos Literarios. Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomitos publicados	16.25
Cuadernos de Ciencia y de Cultura. Ediciones de Eugenio d'Ors. Los 4 tomitos publicados.	6.00
J. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*	3.50
E. M. Torner: *Cuarenta canciones españolas*, 1 vol. pasta.	5.50
Perrault: *Cuentos*, 1 vol. pasta	2.50
M. Fernández de Soto: *Ideología política*	2.25
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados*	4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles*	10.00
Amanda Labarca H.: *Nuevas orientaciones de la enseñanza*.	3.50
R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos*	13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción*.	1.50
J. Ruskin: *Obras escogidas*, 2 tomos.	10.00
Enrique Gay-Calbó: *La América indefensa*	2.50
R. Turró: *La base trófica de la inteligencia*.	2.25

De Max Jiménez

Hojas nuevas

Mi ventana enmarca una pared y unos techos ordenados para la vida; un arbolillo que asoma por un lado, convierte la monotonía de las construcciones en paisaje.

Por épocas ese arbusto, que no tiene otro oficio que el de vivir, pierde las hojas, queda en varillas; las arañas lo creen muerto y tejen en él sus telas, los pájaros no detienen su vuelo ¡qué se puede esperar de un árbol que ni siquiera da sombra!

...Mas, ya muestra botones, promesa de las más verdes hojas, revive lentamente. Ahora las hojas aumentan, cobran color de seriedad, nada dejan saber de ese su esqueleto; todo en él respira vida, y con los saltos caprichosos de las aves se completa!

He creído: es enseñanza ese arbusto. ¡Cuántas veces por la vida nos hemos quedado sin hojas! Y día tras día, las ideas se han ido, tristes, escuetas, así como el ramaje del arbusto.

Sí. ¿Quién no se ha sentido revivir? Con ideas nuevas se vuelve a retoñar... y nadie sabe, o han olvidado, que esa nueva vida, que esos nuevos brotes, ocultan el mismo viejo y carcomido esqueleto...

Tristeza

La tristeza está en la atmósfera, en el trozo de música, en la despedida que las campanas dan a la tarde, volteando.

Hay árboles tristes; por falta de hojas, por falta de aves.

¿Compadecer a los tristes? No, la tristeza es una voluptuosidad.

La tristeza cristaliza pupilas y una lágrima decora un rostro.

LA TRISTEZA ES LA SOMBRA QUE REFLEJAN LAS ALMAS.

LOS CUERPOS REFLEJAN SOMBRA; LAS ALMAS, TRISTEZA.

Suave tarde

Rosa y celeste. Un ave negra hace contraste ante el dulce color.

Ave que vive sólo para volar; su ritmo es perfecto y su estilo, el más alto porque es natural.

Aire tibio, ropaje de caricias, comunica a las hojas movimiento que semeja sentida agitación.

La cordillera ha perdido su peso por el color del cielo, por el vuelo de un ave, por lo que se comunican las hojas porque...

¡Oh suave tarde...!

San José, mayo de 1927.

El Dr. Mendieta responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi

Cartago, 18 de octubre de 1926.

Señor

don Moisés Vincenzi

Escasú.

Estimado amigo:

Excusará Ud. la tardanza con que me refiero al cuestionario de seis preguntas que dirige Ud. en la última página de su libro *Caracteres Americanos:* me hallo en esta ciudad en temporada de vacaciones, y a veces me cuesta mucho disciplinar mis energías para enfocarlas en determinada dirección.

Y esto dicho, entro en materia.

Ante todo, y para ser lógico en mis contestaciones, necesito a mi vez hacer a Ud. una pregunta:

¿Cuál es la finalidad que se perseguiría unificando la enseñanza, con determinados propósitos raciales en los países latinos de nuestra América; comunizando, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas; haciendo un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos; empezando a hacer algo para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales; aconsejando nuevos principios nacionalizadores, a la intelectualidad de América; y tomando la nuestra una actividad determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía y en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Porque sin que usted me diga cuál es la finalidad a que se dirigen esos propósitos, es imposible darle una contestación acertada, como sería imposible señalar a un viajero el camino que debe seguir, si no indica a qué región del globo se dirige.

Meditando en cuál podría ser esa finalidad, yo no encuentro otra que la de crear para el mundo internacional una entidad de derecho, que represente al pueblo que de hecho constituyen todos los países de origen ibérico y que hablan dos lenguas gemelas, la española y la portuguesa.

Es decir, formar la Confederación Iberoamericana.

Si a esa finalidad se dirigen los propósitos que Ud. concreta en las seis preguntas de su cuestionario, yo respondo en la forma siguiente:

1ª.—Es indispensable señalar normas generales a la enseñanza, en todos los países de habla española y portuguesa; de manera que esa unificación general debe incluir a España y Portugal, los dos países ibéricos de Europa que representan el mayor contingente en la formación de las nacionalidades ibéricas de América.

CUESTIONARIO:

1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Juzgo necesaria esa unificación porque todos los países de habla española y portuguesa proceden de la cultura greco-romana, y al formar nacionalidades organizan éstas dentro del tipo romano, aún cuando algunas se llaman Federaciones.

Ladino llamaron los peninsulares al judío españolizado, y por analogía dieron en América el mismo nombre a los indios que hablaban español: después se aplicó en nuestros países al producto racial del mestizaje entre españoles, indios y africanos, tipo que cristaliza en nuestra América la fusión de las tres razas madres en la placenta colonial.

El nombre es el propio *latino* que Roma impuso a España, y en realidad el molde en que las tres razas madres se fundieron es ibérico y por ende latino: de allí la logica con que nuestro pueblo bautizó al más frecuente producto del mestizaje iberoamericano.

Siendo la paterna marca, española o portuguesa, llevamos el apellido de nuestros progenitores masculinos, ya que las razas indígena y africana vinieron a desempeñar en la gesta de la conquista la fuerza pasiva de la maternidad.

Ahora bien: el molde ibérico, o si queréis latino, en que se fundieron nuestras tres razas madres, imprimió al producto mestizo que hoy domina en nuestra América, una tendencia centralista que orienta con irresistible magnetismo su intelecto y satura todas las partes de su ser.

Decía Swedem borg que toda partícula de un cuerpo masculino, es masculina; y que todo cuerpo femenino se compone de infinitas partículas femeninas. Puede decirse lo mismo de los países de tipo latino y de tipo teutón: todas las partículas de aquéllas tienden al centralismo, y todas las de éstas al federalismo.

De ahí que los países iberoamericanos necesitan normas generales en las bases de su educación para que puedan volver al gran cauce intelectual hispano-portugués, de donde los desvió la independencia.

No quiero significar con ello que coloquemos al intelecto americano de origen ibérico dentro de la servil dependencia del intelecto peninsular: lo que quiero decir es que desconectadas entre sí como están las fuerzas intelectuales de la América Ibera y desconectadas como están de las fuerzas intelectuales de Portugal y de España—que a su vez están desconectadas entre sí,—hay positiva anarquía intelectual en el gran conglomerado hispano-luso-parlante, y como en todos sus miembros domina la tendencia centralista, resulta que cada país se cree solo en el mundo y quiere tener su propia historia, su propia literatura y su especial personería aislada del Gran Todo racial, reputando extranjero cuanto no se halla dentro de los estrechos límites regionales, límites que por la poderosa sugestión de las instituciones políticas se tienen como nacionales.

Semejante estado de desmigajamiento equivale a que los miembros de una opulenta familia abandonen el vasto patrimonio hereditario y se dispersen por el mundo, buscando una fortuna y un nombre que tienen en casa.

El caudal científico, literario y estético de la Península desde los tiempos en que dió pensadores a Roma, es enorme, y es nuestro, puesto que nosotros los nacidos en el suelo de América que oye el sí, somos hijos y herederos de lusos e hispanos.

Conectando, pues, las fuerzas intelectuales de Portugal y de España entre sí, y conectando con ellas y entre sí, las fuerzas intelectuales de todos los países que hablan español y portugués, aprovecharemos la gigantesca labor que los siglos acumularan en la Península y renovaremos la intelectualidad de ésta, con el pujante vigor de las vírgenes energías de nuestra América, la tierra de fecundidad prodigiosa que dejara atónitos con su desbordante magnificencia, a los centauros que partieron del Ebro, del Tajo, del Duero, y del Guadalquivir para mitigar su sed de aventuras en el Misisipí, el Usumacinta, el Amazonas y el Plata.

Creo, pues, que Portugal, España y los países todos de origen ibérico—in-

cluyo por ende Filipinas, Marianas, Carolinas y las posesiones portuguesas y españolas de Asia y Africa—deben establecer por medio de Congresos pedagógicos y acuerdos inter-ibero-americanos oficiales, las normas sintéticas de la educación y de la enseñanza.

Una de esas normas deberá regular la enseñanza de la Geografía y de la Historia en el sentido de que las nuevas generaciones, crezcan comprendiendo y sintiendo que todos los países donde se habla español o portugués forman una sola Gran Patria, así en el espacio de hoy como en el de los siglos pretéritos y en el ignoto porvenir.

Nada existe en el mundo real si antes no ha estado en el intelectual.

Ninguna fuerza dinámica más poderosa que la del pensamiento.

Imposible que logremos un pensar, un sentir, una cultura y una voluntad iberoamericanas si no señalamos comunes orientaciones y cauces sintéticos a la educación y a la enseñanza en todos los países ibéricos y de origen ibero.

2.ª—Es claro que si se propende —como debe propenderse—a crear, organizar y fundamentar una Confederación que agremie a todos los países hispano-luso parlantes, es indispensable establecer normas generales en el organismo político que refleje la constitución de cada uno de los países ibero-americanos.

En primer lugar, cada Constitución debe declarar que el respectivo país forma parte de la gran familia de naciones, que hablan español o portugués.

Luego, debe facilitar la adquisición de la respectiva ciudadanía a toda persona nacida en Iberia e Ibero-América; y ha de contener todas las disposiciones de Derecho Internacional Privado que tiendan a estrechar entre sí a los diversos países del Gran Todo ibero-americano.

3ª—No sólo es conveniente sino que es necesario e indispensable orientar los intereses económicos de todos los países iberoamericanos hacia la intercompenetración y hacia la eficaz defensa del bloque racial ante los otros intereses mundiales.

Los intereses económicos son de una importancia tan grande y decisiva que es por ellos donde debe comenzarse la lucha de acercamiento racial, y a ellos debe atenderse con energía constante e incansable tenacidad, porque los miembros de la raza iberoamericana tenemos en nuestro cerebro una laguna en lo relativo a las fundamentales cuestiones económicas.

No es ésta la oportunidad de ahondar en esa laguna, que a mi juicio es la fuente más copiosa de nuestros males; extensamente me ocupo de ella en el segundo tomo de mi libro *La Enfermedad de Centro América*, escrito de 1915 a 1919, y actualmente en prensa.

Juzgo que los esfuerzos tendientes a unificar los intereses económicos de los países luso-hispano parlantes deben converger a formar una liga aduanera, que establezca bases generales de contratación entre todos nuestros países y los haga aparecer con un solo frente y una sola representación ante las otras naciones del mundo.

4ª—Está contestada en el último párrafo del número anterior.

5ª—No entiendo mucho esta pregunta: si con ella quiere significar las etapas que ha de recorrer el principio de nacionalidad para llegar a su máximo desenvolvimiento en el actual estado del género humano, creo que partiendo de lo simple a lo compuesto y de lo sencillo a lo complejo, debe enseñarse la idea de nacionalidad e inculcarse el sentimiento nacional en la familia o sea en el hogar, en el municipio, en la provincia o departamento—tal como se entienden en Centro América—en la Sección, Departamento, Estado o Provincia—tal como se entiende respectivamente, en Centro América y Venezuela, en Colombia, en México y el Brasil y en los otros países americanos y europeos de origen ibérico. Ignoro cuál es la división territorial de Filipinas—en la nación, en la raza y en la humanidad.

6ª—En octubre de 1910 y ante una convención seccional unionista dije en un discurso que siento no tener a mano para enviárselo a Ud., que a mi juicio los Estados Unidos deben ser para nosotros una escuela educativa, tomando de aquel gran país todo lo bueno que tiene, y que es mucho, sin perder nosotros nuestra personería de iberoamericanos, y antes bien reafirmándola e intensificándola por medio de una integral educación que disminuya o destruya los vicios congénitos o adquiridos de nuestro tipo racial y eleve las virtudes adquiridas o congénitas que lo caracterizan.

De consiguiente, yo no encuentro ninguna razón plausible para que Ibero América se coloque ante Estados Unidos como ante un enemigo, manteniendo en su enseñanza, en sus leyes, en su economía y en su producción espiritual una actitud definidamente agresiva o defensiva; me parece que debemos seguir el sabio ejemplo del Japón tras la lucha que acabó con el retardario feudalismo de los daimios: tomar todo lo bueno de todas partes del mundo, nacionalizarlo y transfundirlo en el carácter nacional sin destruir éste sino purificándolo, elevándolo e intensificándolo.

SALVADOR MENDIETA

(Continuará en la próxima entrega)

Los menesteres de civilizar

Esta india lleva en el hombro la primera tabla para la construcción de la escuela de su pueblo, (Boruca). ¡Cuánto sugieren en los espíritus vigilantes de nuestra América, este escenario y esta escena! La cultura en hombros de la raza triste del Continente. Dan deseos de llorar, muy hondo, contemplando este cuadro en momentos en que la intervención extranjera atropella, en Nicaragua, nuestra autonomía; y, se piensa en que sólo podemos oponer a los cañones de largo alcance del imperialismo, esa tabla en hombros de las mujeres que han de engendrar los héroes de nuestra segunda independencia, en sus vientres y en sus almas.



Porque ahora nuestras tierras son los pedestales de los traidores que nos venden y de los bárbaros que nos atropellan en nombre de la libertad y en nombre de una civilización agresiva.

¡Sólo el maestro podrá salvar a nuestra América del peligro en que la sumen sus soldados y sus políticos! ¡Y, americanos, es preciso que cada ciudadano se ponga una tabla sobre los hombros!

Moisés Vincenzi

San José, mayo de 1927.

Nota.—Si a otros de nuestros lectores, este grabado les sugiere distinto comentario, nos sería muy grato recibirlo y publicarlo.

Una hora con la señora Amanda Labarca

=*El Mercurio*, Santiago de Chile=

En la primera cuadra de la Avenida Vicuña Mackenna, junto a lujosas residencias, frente a la Embajada Argentina, que se esconde tras los esplendores de un hermoso jardín, se eleva un edificio de tres pisos que ostenta en planchas de bronce el nombre de Liceo Rosario Orrego En el último de estos tres pisos se halla el hogar de la señora Amanda Labarca Hubertson, directora del Liceo, novelista y pedagoga de nota, que acaba de publicar un nuevo libro.

Esta obra, titulada *Nuevas orientaciones de la enseñanza*, comprende el estudio de los nuevos ideales pedagógicos, hecho por la señora Labarca no sólo a través de lecturas y de referencias indirectas sino por conocimiento personal de las organizaciones que en el viejo mundo ponen en práctica las nuevas tendencias educacionales. La señora Labarca hizo hace poco un viaje a Europa durante el cual pudo estudiar, en efecto, las aludidas organizaciones, tratar a los maestros que las dirigen e intervenir en los ambientes profesionales que acometen vastos ensayos de renovación.

—Mi libro—me dice la señora Labarca—es fruto de un remordimiento. Todos los educadores chilenos sentimos, en efecto, que la labor que estamos efectuando no cumple con nuestras aspiraciones íntimas. Todos sentimos la necesidad de cambiar. Los que han estudiado las nuevas orientaciones pedagógicas saben cuánto hay de estimable en estos anhelos. El cambio que se está haciendo en Europa y en los Estados Unidos no toca sólo a los métodos educacionales sino que al ideal mismo de la educación. La pedagogía tiene necesariamente que referirse a una filosofía y responder a los mandatos de la realidad social. La guerra europea ha introducido tal cambio en las ideas, ha removido de manera tan profunda el suelo espiritual del mundo, que todo cambia ahora.

»Por esto en mi libro hay tres aspectos: la filosofía de la educación conforme los más modernos idearios pedagógicos; los nuevos métodos de la enseñanza, fruto de tales nuevas ideas, y la organización docente para adaptar la nueva escuela, o más bien, las nuevas escuelas, a los viejos moldes. Refiero en esta última parte lo que se hace actualmente en Inglaterra y en Alemania, lleno, a mi juicio, de un profundo significado».

—¿Ha estado usted dos veces en el extranjero?.

—No: he estado tres veces. La primera, en 1911; la segunda, en 1918. De mi segundo viaje al tercero he advertido tales diferencias, que mi espíritu se ha conmovido. Especialmente en los Estados Unidos, donde la mujer cada día tiene mayor independencia por la multiplicidad infinita de ocupaciones en las cuales puede encontrar un buen pasar, la transformación social es inmensa. Es una relajación tan grande de costumbres, un estado de nihilismo moral tan completo, que seguramente algo va a cambiar allí de manera profunda. La familia tiende a desaparecer; en las grandes ciudades del Este, que son las más afectadas por el fenómeno, las muchachas, en número de millones no quieren ligarse al matrimonio, ni siquiera a ese matrimonio cuyo nudo es fácil deshacer merced al divorcio. Es cierto que todos guardan las apariencias de la compostura y que los hombres mismos, muy discretamente, conservan las formas; pero en el fondo la relajación cunde día por día.

»En Europa sucede otro tanto. En la mayoría de los países europeos no ve usted niños, como aquí, que inundan las parques y pasan en brazos de sus madres por todas partes. No. Allá los matrimonios no tienen hijos; hay que ir muy al campo para encontrar una familia con 2, 3 ó 4 niños, como máximun. Niños he visto en mi último viaje sólo en Escocia y en Holanda. En el resto, se ven más perros falderos que niños. Lo mismo que en los Estados Unidos, en Europa

se nota el quebrantamiento del espíritu familiar.

»Yo creo que estamos viviendo un momento de una importancia histórica inmensa. ¿Quién sabe qué hechos se avecinan? La gente europea muestra, después de la guerra, un espíritu desasosegado, ansioso de soluciones que no encuentra. Vea usted, por ejemplo, lo que sucede con el sentimiento religioso. Las religiones actuales—me refiero a todas—parecen no bastar ya al espíritu humano. Éste, en su ansia de llenar lo que dejan de vacío las investigaciones científicas, busca las religiones asiáticas, que son las más espirituales».

La señora Labarca me habla con sencillez no exenta de animación. Sus ojos negros, sus manos, su boca grande, que deja ver dos filas de hermosos dientes, su melena breve, de un negro perfecto, todo la ayuda a expresar sus ideas. Está sentada en un sofá en el escritorio de su marido, el cuentista don Guillermo Labarca Hubertson, presidido por el Voltaire de Hudon en reproducción fotográfica, y lleno de estantes. En ellos vemos buenas ediciones inglesas de libros modernos; obras pedagógicas; colecciones de autores chilenos editados por la Universidad; libros diversos de psicología y de historia. Es una biblioteca numerosa y, a la vez, escogida.

—Usted, señora, ¿nació en la Serena?—pregunto a mi interlocutora, para que me cuente algo de su vida.

—No,—me responde—nací en Santiago. Hay personas que creen que pertenezco a la familia Pinto del norte; pero no es así. Mi familia es originaria de Colchagua, y reside sólo desde hace dos o tres generaciones en Santiago.

—¿Por qué dejó usted de usar su apellido de soltera?

—Fué un acto de chica que no tiene mayor importancia—me replica.—Sucede que yo un día me sentí disgustada con mi familia por hechos que no es del caso relatar, y para significar que no quería nada con ella, comencé a firmar con el apellido de mi marido. Jamás pensé que mi nombre iría a salir de las cuatro paredes de mi casa. Me había casado muy joven con un hombre que tenía ya cierta nombradía en las letras, y pensé que iba a ser siempre la yedra apegada al árbol. Luego la vida me ha dado oportunidades que he podido alcanzar, y si hoy yo quisiera firmar Amanda Pinto de Labarca, como debiera, ¡qué de cosas antojadizas no se dirían!

»Mi marido es el que me ha impulsado a escribir, el que me ha hecho trabajar en muchas ocasiones y el que me ha infundido alientos. Seguramente muchas de las ideas que yo tengo se las debo a él, y hasta algo de su modo de pensar, claro, preciso, lógico, debe haber influído en mi pensamiento y en mi estilo.»

—¿Tiene usted obras inéditas?

—Sí; muchas cosas... Tengo una novela que no sé si publicaré. Tenía hasta hace poco dos dramas con los cuales hice la prueba de Flaubert: los guardé diez años y los volví a leer al cabo de ese tiempo. Como no me gustaron, los rompí. Tengo también muchas *Meditaciones*, es decir, páginas de un diario íntimo que he escrito a lo largo de unos cuantos años de mi vida. No creo que publique estas páginas...

—Ha pasado ya la boga de Amiel, y con ella la de los diarios íntimos, —apunto.

—Sí, y también es enojoso hablar siempre de una misma. Pero creo que un individuo que se mire a fondo, que se estudie y se observe con sinceridad y con algún ánimo crítico, podrá luego escribir algo que siempre será interesante. El *Diario Intimo* de de Amiel fué durante varios años mi libro de cabecera. Hay páginas de él que he leído innumerables veces. Pero hoy ya no despierta en mí el entusiasmo de antes. A una mentalidad activa tiene que serle ajeno el nihilismo de Amiel.

—¿Cuánto tiempo hace que es usted directora del Liceo?

—Hace ya diez años. Cuando yo tomé el Liceo, tenía ciento setenta y cinco alumnas. Ahora tiene ochocientas y cuenta con varios cursos especiales de conocimientos para el hogar, que han tenido éxito. No me envanezco por el incremento de la matrícula. Otro tanto les ha pasado a loo demás Liceos de Niñas en el mismś período de tiempo. Sólo en estos años se ha comprendido que la mujer debe tener instrucción que la habilite para la vida.

—Pero los demás no han tenido esa proporción de aumento... —le observo.

—Talvez... responde la señora Labarca, modestamente.

—Usted es una persona que trabaja mucho—le digo.

—Sí,—me contesta;—trabajo mucho más de lo que parece. No sólo dirijo el Liceo y hago clases en él, sino que, además, tengo siempre que hacer afuera, en comisiones del Gobierno, en cursos de perfeccionamiento y repetición para los profesores, en mil y una cosas que demandan tiempo. Eso no me impide escribir y dedicar a mi hogar bastante cuidado. Mi anhelo sería vivir exclusivamente para mi hogar, viviendo para los míos y escribiendo. Por eso, por el momento al menos, es imposible.

»¿Cree usted que con todo lo que trabajo me siento cansada? No; absolutamente. Me imagino que podría trabajar mucho más. El remedio para no sentirse abrumado por el trabajo consiste sencillamente en no pensar en todo lo que hay que hacer. Yo sólo me ocupo en lo que tengo que hacer inmediatamente. Si extiendo mi preocupación a las ocho, diez o veinte cosas que debo hacer en el día, me siento abrumada, y no hago ninguna.»

La señora Labarca está bien informada de la literatura actual de diversas lenguas. Sus viajes le han permido orientarse en esta materia, y actualmente recibe las novedades de España, Francia e Inglaterra.

—Hace mucho tiempo—me dice—que no leo un libro que verdaderamente me satisfaga. Sin embargo, hay muchos recomendables. Ultimamente, Wells ha publicado, por ejemplo, una novela titulada *La llama inmortal*, de la cual ya hay traducción castellana. En esta novela se cuentan las tribulaciones de un moderno Job. Este Job es precisamente el pedagogo inglés Sanderson, director de la escuela de Oundle, cuya importancia desde el punto de vista de las nuevas orientaciones de la enseñanza, es grande Es un relato lleno de interés y de verdad, que impresiona. En la literatura inglesa hay también un autor muy interesante: Joyce. Ha descubierto un nuevo mundo literario, y sus procedimientos son de la más completa maestría. Su manera de introducirnos en el alma de las personas es sorprendente. Me entusiasman también los rusos, cuyas obras conozco en gran parte. La literatura francesa me agrada cada vez menos.

Luego hablamos de viajes y de muchos otros temas. La señora Labarca me confiesa que es persona sociable, que encuentra particular agrado en conversar con sus amistades y que reune una vez por semana a sus relaciones, en una pequeña velada, sin solemnidad ninguna. Su placer, me dice, es que cada uno de los visitantes se sienta cómodo y haga lo que le guste. Si quiere conversar, que converse; si no, que se quede callado.

Es un programa de libertad personal, que hace enteramente encantador el ofrecimiento de la señora Labarca, si no fuera de por sí atractivo el aspecto pulcro de su hogar, con algo de íntimo y de recogido, que no se encuentra por lo común en las casas de chilenos ¿Es el viejo espíritu del *home* inglés, hoy en disolución, el que flota en este ambiente que invita al estudio y al trabajo?

Raúl Silva Castro

El caso de Nicaragua y el deber de la América Latina

=*El Tiempo*. Bogotá=

El mundo entero está sorprendido e indignado. En los cuatro puntos cardinales del horizonte álzanse voces airadas para condenar esa afrenta. Y como si aún fuera poco, el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores en la Cámara del Senado de los Estados Unidos, el hombre que recogió la jefatura de «la vieja guardia», Borah mismo, sucesor de Lodge y King y Wheeler, hace llamar al Secretario de Estado, Kellog — ese emporio de disparates agresivos — para que dé cuenta de la acción que se toma en Centro América... No hay tales intereses americanos ni de otros extranjeros que proteger en Nicaragua; hay, sencillamente, la vieja y sucia maniobra del imperialismo que ponen en práctica. En Panamá se consiguió un Buneau Varilla y ahora un Chiari; en Haití, después de Dartiguenave, Borno, con el alma más servil y negra que su epidermis y que por valerme de una frase lapidaria de Zumeta, cuando Zumeta tenía vergüenza, «deshonra la piel de Toissant Loverture y de Maceo»; a Chamorro, el del *lomazo*, sucede Díaz, doblemente traidor. Nicaragua—no Nicaragua de los liberales sino Nicaragua de los nicaragüenses—debe establecer una sanción única en este caso. O ahora o nunca. Es el dilema.

Más triste aún que este aspecto interno de la cuestión centroamericana es la desolada perspectiva interhispanoamericana. México. Guatemala... Los demás países o contribuyen con los comentarios extraoficiales y sentimentales de su prensa—y generalmente de la oposición—o se abstienen porque creen *molestar* a los Estados Unidos de Norte América. Los Estados Unidos de Norte América no «se molestan» ni por esto ni por nada... Son demasiado grandes para el enojo histérico; y por desgracia, excesivamente fuertes para acordarse de su infancia. cuando tenían las canillas temblonas y el raquitismo político.

Vergüenza y tristeza, sí, da ver esas *prudencias*. oficiales de los diez y siete estados que hablan español en América, poniéndole sordina a la clarinada romana de Washington, oprimiendo el pedal de sus menguadas mandolinatas diplomáticas. Si a cada vez que el yanqui hace una de las suyas le respondiera el encandalazo total, resuelto, homogéneo de todo el continente, ya se guardarían de tomar a pechos las cuestiones de absorbencia mercantil y de saneamiento de inversiones.

La lógica del papagayo.—Con todo y el panglosismo que parece reinar entre los Secretarios de Estado del Sur y del Centro—excepto México—la actitud continúa desairada, anodina, cuasi grotesca en su expectativa. Todos los cancilleres parece que hubiesen elevado a doctrina la lógica del loro en el naufragio: «Se fregaron», gritaba alborozado, viendo, desde el mástil más alto adonde trepara, cómo pasajeros y marinos debatíanse con las aguas en el puente del navío ido a pique. Y sólo le quedó gritar con la misma lógica desolada al continuar el proceso del hundimiento, ya mojándose las patas en la onda furiosa: «Nos fregamos»!

A los países mayores, Argentina, Brasil, les tiene sin cuidado el problema hispanoamericano. Quiero decir a sus gobiernos, no a sus pueblos.

Chile ha hecho el hermoso *gesto* por el resentimiento de la aplicación del fallo arbitral. Pero siquiera lo hizo.

Y en cuanto a los más chicos, allí se están: Santo Domingo, despilfarrando dinero que luego tomará a préstamos para dar lugar a otra calamidad como la de hace poco. Panamá, traicionando una vez más a los suyos; gobiernejos de farsa, estirón lúgubre de partidos cuyos hombres le ponen como base al pedestal de su estatua mercenaria a Bolívar el contrato Chiari-Kellog.

¿Por qué hacer cargos tan amargos a veces a Puerto Rico? Puerto Rico no tuvo ni tiene tiempo de saberse «traspasado», «cedido» a otras manos. De un amo arruinado y vencido pasó a otro amo, poderoso y rico. No obstante «se acuerda» de los suyos, y frente a la ola del arrasamiento—lengua, ideología, costumbres—opone su voluntad, no por pasiva menos inconmovible. Si Panamá, para llamarse «república», acuñar moneda y tener un señor Porras o un señor Chiari en su írrita presidencia necesita vivir de humillación en humillación y de chanchullo en chanchullo, nada mejor en el futuro que la ocupasen otra vez un par de batallones colombianos y que arriaran allí bandera bajo cuyo ala de extraña pluma surgió al mundo de las naciones, no en el nido materno de la raza sino al calor de una incubadora artificial de marca extranjera.

Mientras México se yergue y Cuba hace acto de presencia y Guatemala se incorpora y a plomo trazan los liberales de Sacasa un lindero internacional dentro del suelo de la patria y a presencia de la tarifa de desembarco, he aquí que otros Cacasenos—Borno y cuatro negritos ladinos, el otro vejete de los gobiernos al tanto por ciento, y presidenzuelo de aceite allá o de la United Fruit acullá—entonan la jaculatoria al Departamento de Estado de Washington, para que no «se interpreten mal» sus respectivas actitudes.

No son los ejemplares de *Heraldo de Cuba* los que debiera enviar a recoger el gobierno de Panamá, es la dignidad propia que anda por esas calles del puerto bilateral entre balboas y dólares.

Los buenos panameños que amen verdaderamente el jirón desgarrado de tierra colombiana en el cual traten de forjar una patria, están hoy ante la expectativa de la América y del mundo. De ellos aguardamos una afirmacion categórica. Y si allá no pueden hacerla, ancha es América para que sepamos hasta qué punto debemos contarlos en la hermandad étnica y espiritual que nos une.

Es una hora de definiciones. El silencio no es ni diplomacia ni tacto en estos casos. La «alta diplomacia» supone entre débiles y fuertes, un plano digno y sincero siempre. Entre pequeños y poderosos los pactos secretos o son una tontería de parte del débil o son... ¡lo que ese tratado en gestión significa!

José Rafael Pocaterra

Montreal, enero 17 de 1927

La revista *Cromos* de Bogotá

En la administración del Repertorio Americano hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos* de Bogotá. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscrición. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de ₡ **0.75,** puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a ₡ 0.75, vendemos también Amauta, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.

Las dos Españas

(De *Hispania* Buenos Aires)

Hay dos Españas. Una, la momentánea, la insólita, está representada por los mismos que la sofocan. En su nombre nos habla a cada instante el señor Yanguas y Messia, opaco legista, descubierto por el Directorio en no sé qué rincón de la Universidad, y más que el señor Yanguas y Messia, el propio marqués de Estella, en sus discursos, en sus manifiestos y en sus declaraciones a los corresponsales. Es una España distinta de la que conocemos. No hallaremos su imagen en los grandes ciclos históricos de la España que tendía hacia la universalización, que combatía con razas y pueblos dentro y fuera de su territorio, descubría continentes, civilizaba tierras inabarcables con su idioma, con sus ideas, con su fe: la España de la catolización, aun con sus errores extraordinarios, era un país viviente, con un espíritu activo y creador. Sería inútil buscar en los resquicios de esas épocas densas, en que se formó su carácter nacional, se definió su temperamento múltiple, se forjó su literatura, su arte y su tradición, un parecido a la España de la monarquía actual, dominada por un viejo soldado que se derrite en palabras.

Y hay otra España, que es la nueva y la fuerte y que se parece a la antigua y magnífica, que resucita constantemente en el sentimiento y el pensamiento de los españoles de ímpetu vital. Es la España que el mundo civilizado respeta. ¿Quién cita en un periódico europeo o en una revista americana las opiniones del lúgubre señor Yanguas, o quién atribuye importancia a la verbosidad desatada de Primo de Rivera? Cuando en un instituto europeo se quiere aludir a España, a la España viva y no a la España moribunda, se habla de Don Miguel de Unamuno.



Don Miguel de Unamuno

Visto por Usabal

Don Miguel de Unamuno es para nosotros lo que fué Pí y Margall, lo que fué Galdós, esto es, algo más que una mentalidad hecha en la disciplina de un intelectualismo indiferente; es un hombre, un hombre de generosidad y de dolor, siempre en aptitud de percibir toda vibración humana, toda inquietud fecunda. Son los tipos como don Miguel de Unamuno los que encarnan la sentimentalidad real de una Nación. Es un espectáculo. Su obra, desde los comienzos hasta sus artículos y los versos del destierro, se nos ofrece como un continuo y exacerbado esfuerzo para irritar y despertar la conciencia de los demás. Su religiosidad libre, su sensibilidad de comentador filosófico y de poetizador rudo de las cosas, nos turba, nos adoctrina, nos desconcierta. A menudo nos sobrecoge con su tesis imprevista, con su juicio acerbo o duro. Pero, no tardamos en darnos cuenta de lo que nos ha enriquecido al remover en nosotros lo que estaba oculto y lo ha llevado a la superficie para mejorarnos, porque su voz tiene la virtud de enseñarnos el buen coraje y aleccionarnos quijotilmente en el valor de la sinceridad.

Esta es la admirable labor educativa que ejerce en la España renovable el sembrador insigne, el poeta, el filósofo y el místico, el hombre de la España resurgible, el hombre de nuestra España. Los partidos se le disputan; los caudillos aspiran a erigirlo en su portavoz. He oído a alguien precisar la influencia de su actuación y exaltar su mérito con estas sencillas palabras: todos lo quieren usar como una espada.

Sí; todos comprenden que el patrocinio moral de Unamuno significa el prestigio definitivo de sus propósitos. «Si tuviéramos la espada de Carlos Martel ganaríamos la batalla», dice el héroe del poema francés. Y la espada de este paladín la solicita cada uno y sólo está al servicio del instante en que vive, de la verdad sin rótulos, sin caminos trazados, sin presiones extrañas.

Alberto Gerchunoff

Carta de Unamuno

=De *Amauta*, Lima=

Sr. José Carlos Mariátegui,
Lima.

He recibido y leído, mi buen amigo —creo poder desde luego llamarle así, y es un consuelo— los dos primeros números de *Amauta*. Ante todo, y para despacharlo pronto, lo que individual y también personalmente a mí se refiere. A Juan Parra del Riego las gracias por la Marcha que me dedica. Y en nombre de mi pobre España que es—lo sé—la de Uds. Y cuando él me viene gritando «¡alegría!»,—no la hay más honda que la nacida de las entrañas de la desesperación honrada— y recordando a D. Quijote, y al padre —padre sí, y no sólo hijo—Jesús, preparo una nueva acción escrita —no quiero llamarla libro— sobre el misterio cristiano de D. Quijote. A Ud. por lo que dice de mi *L'Agonie du Christianisme* ¿qué le he de decir? No es cosa de que nos pongamos a discutir. Acabaríamos en que ambos tenemos verdad que es mucho mejor que tener razón. Sí, en Marx había un profeta; no era un profesor. Y vea Ud. como estos dos términos profesor y profeta, latino el uno y el otro griego, que etimológicamente son parientes, han venido a significar cosas tan distintas y hasta opuestas. Mucho de mi vida íntima ha sido una lucha contra el oficio oficial, contra la profesorería académica!

¡Qué bien está lo de César Falcón sobre la dictadura española! ¡Qué justo, qué preciso, qué claro, qué concreto! Esa es la verdad. Pero más que dictadura, tiranía y tiranía pretoriana que es la peor. Mas aún así y todo, con tiranía, no ya dictadura, volvería yo a mi patria si los tiranuelos fue-

(Pasa a la página 315)

Ibsen y Kierkegaard

En la velada que la sección de Literatura del Ateneo de Madrid celebró en memoria de Henrik Ibsen, fué leído el siguiente artículo de D. Miguel de Unamuno.

El nombre de Ibsen suscita en mí desde luego el nombre, entre nosotros casi desconocido, del espíritu humano que más hondamente influyó en el suyo, el de Soeren Kierkegaard, alma congojosa que acuñó con su sello ardiente a toda la juventud espiritual de la Dinamarca y la Noruega de mediados del siglo último. Fué el crítico de Ibsen, Brandes, quien me llevó a conocer a Kierkegaard, y si empecé a aprender el danés traduciendo antes que otra cosa el *Brand* ibseniano, han sido las obras de Kierkegaard, su padre espiritual, las que sobre todo me han hecho felicitarme de haberlo aprendido.

Decía Proudhon que todo problema se reduce, en el fondo, a un problema teológico, queriendo decir, sin duda, religioso, y lo cierto es que en el fondo de la dramaturgia de Ibsen está la teología de Kierkegaard, de este corazón tan esforzado como angustioso, que presa durante su vida toda de una desesperación resignada, luchó con el misterio, con el angel de Dios, como luchara antaño Jacob con él, y bajó al reposo final después de haber estampado con fuego la verdad en la frente seca y fría de la Iglesia oficial de su patria.

La dramaturgia de Ibsen es una dramaturgia más religiosa que ética o que estética en sus últimas raíces y no es fácil que la sientan en su fuerza toda, los que no han pasado de la concepción estética y a lo sumo de la ética. Y si no lo comprendemos así aquí es porque llamamos religión a una mezcla de supersticiones mitológicas y de política.



Ibsen

«La cristiandad no hace sino jugar al cristianismo», exclamó Kierkegaard, y sostuvo contra todo y contra todos su amor salvaje a la verdad, a la verdad sentida y no sólo concebida lógicamente, a la verdad que es vida, aquel noble solitario entre los hombres. Brand, el Brand ibseniano, es su reflejo en el arte dramático y cuanto dure Brand durará Kierkegaard.

No comprendo que puedan llegar al condensado meollo de la dramaturgia ibseniana los que no hayan pasado por las tormentas espirituales porque pasó el solitario teólogo de Copenhague, suscitándolas más luego en el alma también atormentada y congojosa de Ibsen, otra víctima del mal de ojo de la Esfinge.

Inés recuerda a Brand en el drama ibseniano aquellas terribles palabras bíblicas que Kierkegaard solía recordar, aquella sentencia: de quien vé a Dios, se muere.

En las doctrinas de Kierkegaard, respecto a la relación entre los dos sexos humanos, al amor y al matrimonio, tal como las expuso, sobre todo en su *O lo uno ó lo otro*, y en sus *Etapas del camino de la vida*, está el gérmen de la manera cómo vió Ibsen esa relación en la realidad de la vida. Pues no sirve decir que en un drama no hay doctrina filosófica o religiosa. Podrá no haberla predicada y expuesta didácticamente, pero el autor vió la realidad que traslada a través de los cristales de una filosofía o de una religión, y si no la vió así, no vió nada que merezca perpetuarse.

Y en estos nuestros países en que esa relación sexual se entiende y siente o del modo más ramplón o del modo más grosero, o ya litúrgica o ya sensualmente, en estas desdichadas tierras espirituales corroídas por el más infecto esteticismo proteico, la ética ibseniana tiene que ser, por fuerza, un misterio indescifrable. Donde hallan boga las patochadas de un D'Annunzzio y donde el colmo de la emancipación de prejuicios es el llamado amor libre, no es posible que sean bien comprendidos, ni menos sentidos, los sacudimientos de Ibsen.

Y en los demás respectos ocurre lo mismo. Porque no es el amor sexual el eje de la dramaturgia ibseniana, y hasta en aquellos de sus dramas donde ese amor juega un papel no es fin y término único del conflicto. El hacer de ese amor la ocupación más honda de la vida es cosa que ha nacido, más bien que de la sensualidad, de la limitación mental y espiritual de los pobres pueblos azotados por el sol. Para ellos la tentación bíblica, la del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, con cuya comida se habían de hacer como dioses nuestros primeros padres, se ha convertido en tentación carnal.

Yo no sé bien en qué consiste, pero la experiencia me ha enseñado que, por acá al menos, la concupiscencia de la carne ahoga a la soberbia del espíritu.

Y los héroes ibsenianos son soberbios, prometeicos, y son castos como todo héroe.

Por aquí se siente una secreta repugnancia hacia el «pato salvaje», y lo que llamamos belleza no pasa de ser una alcahueta de la cobardía y la mentira. Lo que entre nosotros se llama arte no suele pasar de ser sino la verde capa florida que encubre y protege el charco de aguas estancadas y mefíticas portadoras de la fiebre consuntiva. Los «soportes de la sociedad» lo necesitan contra el «enemigo del pueblo». *Ne quid nimis* repiten los miserables frente al «o todo o nada» de Brand.

«Quéjense otros — decía Kierkegaard—de que los tiempos son malos; yo me quejo de que son mezquinos, por faltarles pasión. Los pensamientos de los hombres son quebradizos como alfileres, y ellos, los hombres mismos, tan insignificantes como costureras. Los pensamientos de sus corazones son demasiado miserables para ser pecaminosos. Un gusano podría tal vez tener por pecados semejantes pensamientos, pero no un hombre creado a imagen de Dios. Sus placeres son discretos y pesados, sus pasiones soñolientas; cumplen sus deberes estas almas de especieros, pero se permiten, como los judíos, recortar el dinero; se creen que aunque nuestro Señor lleve sus libros en toda regla, se le puede meter moneda falta de peso. ¡Fuera con ellos! Y hé aquí por qué se vuelve siempre mi alma al Antiguo Testamento y a Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia; allí se ama; allí se mata al enemigo, se maldice a su descendencia por generaciones; allí se peca».

Leído esto ¿no os explicáis la moral heroica de la dramaturgia ibseniana?

Y no hablo de anarquismo, porque éste ha llegado a ser entre nosotros, en fuerza de tonterías y de brutalidades, una palabra sin sentido claro.

Y ahora decidme ¿creéis que son capaces de pecar todos esos mozos aprovechados que van para ministros o para académicos? Sus aspiracionss son demasiado miserables para ser pecaminosas.

Y tampoco, mis jóvenes, vayáis a creer que el pecado se concentre sobre todo en el orden de la sexualidad, ¡no! No puede decirse que fuera un pecador bíblico, shakespeariano o ibseniano, aquel estúpido

fanfarrón de Don Juan Tenorio, tonto a carta cabal, y si no se lo hubiese llevado a tiempo la sombra del Comendador le habríais visto, anciano respetable, defendiendo el orden, las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la libertad bien entendida y el «pan catecismo» y asistiendo piadoso a las solemnidades de su cofradía. Su inteligencia de carnero no daba para más.

* * *

¿No es para honrar la memoria de Ibsen, para lo que aquí se nos convoca? ¿Sí? Pues tratemos de despertar entre nosotros, ya que estamos reunidos a su nombre, algo del espíritu de su espíritu, sin limitarnos a hablar del literato como tal mero literato, con esa pestífera indiferencia literatesca hacia el meollo y jugo ético y religioso de sus concepciones. Esto no es digno de él ni de nosotros. Eso debe quedar para los que sólo trataron de hacer arte, para los repugnantes esteticistas.

No he de hablar de su estilo, pues, ni de su técnica. No sé qué tal es su técnica teatral ni me importa saberlo. La técnica teatral y todo ese galimatías de si un asunto es o no dramatizable se reduce a la mezquindad de buscar el cobro de trimestres. Si un drama de Ibsen gustase al público de nuestros teatros, empezaría a dudar de su excelencia.

No he visto, gracias a Dios, representado ningún drama de Ibsen; no lo he visto enfangado en el espectáculo, en compañía de un montón de hombres y mujeres que no han de morirse por haberle visto a Dios la cara. No he padecido el tener que oir, saliendo de su representación, la eternas e insoportables tonterías de si este o el otro carácter está o no bien sostenido o si es o no verosímil esta o aquella escena.

La verosimilitud se reduce para esos señores y señoras a la vulgaridad. Ante el caso de conciencia del héroe, se preguntan: «¿qué haría yo en semejante caso?», y al responderse: «todo menos lo que él hace», concluyen que es inverosímil. No gustan de ver excepciones, porque la excepción les afrenta. No, no he oído al señor que acaba de estrenarse en el Parlamento—otro teatro—diciendo sí o no como Cristo le enseña, decir, después de haber oído las palabras de fuego de Brand, que este pastor de almas noruego no es real porque él, el buen monosilabista, no se encontró jamás al recorrer el distrito con un Brand y si pasó junto a él no le conoció, porque Brand no da votos. «La victoria de las victorias, es perderlo todo», grita Brand, y esto no lo entienden... esos.

Hay quienes van al teatro, los más, a ver y oir lo que ven y oyen todos los días sólo que literatizado y estetizado un poco, a mirarse en el espejo de la realidad cotidiana, y por eso no voy yo allí. Los sujetos allí representados son los mismos que me están amargando y atosigando de continuo la vida. No encuentro en ésta ni héroes ni almas tormentosas, ibsenianas, y en nuestro teatro tampoco las encuentro. Las arrojaría de allí nuestra honrada burguesía a nombre del buen gusto, de ese apestoso y repugnante buen gusto. No quieren los buenos saduceos que se les agrie la digestión nocturna.

Sea, pues, mi conmemoración hoy y aquí de Ibsen una protesta en su espíritu, una protesta contra la miserable farándula del buen gusto y del *ne quid nimis*, una protesta contra la mezquindad de estos tiempos en España, de estos miserables tiempos españoles en que el venerando nombre de Ibsen, y con él el no menos venerando de Nietzsche, sirven para proteger la desaprensión que se emplea en cazar destinos o posiciones sociales.

No celebramos a un literato, no.

Ibsen, el solitario, el fuerte—nadie es más fuerte que quien está solo, dijo Schiller y él lo repitió,—Ibsen, el gran desdeñoso—desdeñoso como Carducci, otro espíritu radiante que acaba de sumergirse en las sombras de la muerte,—Ibsen no fué lo que aquí llamamos un literato, no, no lo fué.

Ibsen forjó su espíritu en el duro yunque de la adversidad, lejos de las embrutecedoras tertulias de los cotarros literarios, desterrado y solo; solo y lleno de fe en sí mismo y en el porvenir, solo y fuera de esa llamada república de las letras que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanes.

Ibsen no derogó, no entró en el vil cambalacheo de los bombos ni en el degradante hoy por mí y mañana por ti, sino que esperó tranquilo no su hora, sino la hora de su obra, la hora de Dios, sin impaciencias y sin desfallecimientos.

Esperó a que se hiciera su pueblo de lectores recogidos en vez de hacerse al disipado público desde luego. Y así fué su vejez, como ha sido la de Carducci, una solemne puesta de sol en claro cielo, sobre los fiordos de su patria coronados por nubes en ascuas de oro.

Su vida fué un poema dramático de bravía independencia, así como la de Kierkegaard, su maestro, había sido un poema trágico de heroica soledad.

La soledad es la solución favorita en los dramas ibsenianos, la soledad es el refugio de aquellas almas robustas y soberbias que pasan cortando el mar muerto de las muchedumbres que bajo el yugo de la rutina se ocupan en crecer y multiplicarse satisfaciendo a la carne esclavizadora y estúpida.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Artículo viejo).

De Ibsen a Brandes

Acaba de terminar la vida de Jorge Brandes. En su transcurso, varias veces estuvo seriamente amenazada por las enfermedades. Con todo, Brandes pasó los ochenta años, fuerte físicamente, intelectualmente lúcido y sin que su enorme prestigio de crítico hubiese declinado. A pesar de la guerra, el credo europeísta del que fué considerado como «el crítico europeo por excelencia», no se declaró en derrota. Romain Rolland lo prueba.

Fué gran amigo de Ibsen, Brandes. Su escoliasta más informado. Su más autorizado apologista. A su vez, Ibsen, lo respetaba extraordinariamente. Allá por el año 1867, escribía de él: «Me resulta evidente que este hombre está llamado a desempeñar un gran papel en nuestra vida intelectual».

Por ello, en la hora del homenaje póstumo para el ilustrado y profundo comentador danés, nada más propio se nos ocurre, puesto que no hemos de reeditar su conocida biografía, que reproducir una de las muchas cartas que le dirigiera en vida Isen y con la cual, al pintarlo, de paso Ibsen se pintaba a sí mismo.

Dresde, 4 de abril de 1872

Querido Brandes:

Acabo de recibir su carta de usted y, sobre el tambor, la contesto. Me entera usted de cosas increíbles. ¡Y yo que lo suponía en plena felicidad, en pleno triunfo! Es imposible que no tenga usted todo un ejército a sus espaldas. Pero no se olvide que los hombres a los cuales lleva al fuego, son reclutas. Estos han de ceder la primera vez, en la segunda se mantendrán a pie firme; a la tercera, seguirán a su jefe al asalto y a la victoria.

La prensa liberal lo resiste a usted. Naturalmente. Alguna vez le confesé a usted el desprecio que inspiran las libertades políticas. Entonces me contradijo usted. Más tarde, ciertas experiencias deben haberlo aleccionado. Y es que los liberales, mi querido amigo, son los peores enemigos de la libertad. Los gobiernos absolutos son los más favorables a la libertad de pensamiento. Se ha comprobado eso en Francia y más tarde en Alemania. Ahora, en Rusia.

Pero hablemos de lo que, desde hace tiempo, absorbe, sin interrupción, mi espíritu y turba mi sueño. He leído sus conferencias de usted [1].

Un escritor en plena tarea, no podía dar con libro más peligroso. Es una de esas obras que abren un abismo entre el ayer y el hoy. Después de mi viaje a Italia, no pude concebir

1 Iniciadas el mes de noviembre de 1871 en la Universidad de Copenhague, sobre el tema *Las grandes corrientes literarias del siglo XIX* y editadas en febrero de 1872.

que hubiera yo vivido antes de visitar ese país. Dentro de veinte años no se comprenderá que la vida intelectual haya sido posible en el Norte (de Europa), antes de dictar usted sus conferencias. No tengo idea muy clara de lo hecho por Steffens en el pasado [1]. Supongo, sin embargo, que fué dar formas nuevas a teorías estéticas. Su libro de usted no es una historia de la literatura, concebida y realizada conforme con reglas tradicionales, ni tampoco una historia de la cultura general. Pero no trataré de definirlo. Yo lo comparo con las tierras auríferas de California y lo que en ellas ocurrió al ser descubiertas: o se hacía uno millonario o perecía miserablemente. Ahora bien: ¿Nuestra constitución intelectual es suficientemente robusta? Lo ignoro y, por lo demás, poco importa. Las ideas que están en el aire, quebrantarán los organismos demasiado débiles para absorberlas.

Me dice usted que en la Facultad de Filosofía todas las voces le son hostiles. [2]. ¡Pero querido Brandes! ¿querría usted que fuese de otra manera? ¿No combate ueted, precisamente la filosofía de la Facultad? La guerra que usted sostiene, no puede ser dirigida por un funcionario del gobierno real. Piense usted que no le cerrarían las puertas en las narices sino lo tuvieran.

Por lo que respecta a los ataques, mentiras, calumnias, etcétera, de que usted es víctima, le daré un consejo cuya bondad abona mi propia experiencia. Adopte una actitud altanera, como la única arma indicada en semejantes casos. Mire hacia adelante, derechamente; no deje suponer que las alusiones de sus enemigos han hecho blanco en usted. En una palabra: proceda como si ignorase la existencia de sus adversarios. ¿Cree usted que esos ataques tienen eficacia? En otros tiempos, cuando al levantarme leía yo en los diarios, algún violento artículo contra mí, me decía: «Soy hombre muerto; no me repondré jamás». Y, sin embargo, cada vez me rehacía y hoy nadie recuerda cuánto escribieron entonces en mi contra ni yo mismo. Créame, no incurra en la vulgaridad de intentar su defensa. Comience, en cambio, una nueva serie de conferencias; demuestre calma y sangre fria irritantes; sonría con desdén de todo cuanto bambolea y amenaza ruinas a su alrededor. ¿Cree usted que las cosas carcomidas pueden resistir?

No sé que resultará de esta lucha a muerte entre dos épocas, pero todo es preferible al mantenimiento del orden existente. Esta idea es para mí una razón determinante. Y no es que espere que la victoria nos depare una reforma duradera, porque hasta ahora, a medida que hemos ido avanzando, salimos de un error para caer en otro. Pero la lucha tiene su lado bueno: es sana, restaura. Su actitud combativa de usted, toma a mis ojos la importancia de una manifestación grande y genial. Si los conservadores gritan ¡blasfemia!, harán bien en pensar que son ellos los blasfemos, ya que usted entra por mucho en los planes de Aquel a quién hiere, por definición, la blasfemia.

Me entero que ha fundado usted un círculo [1]. No cuente usted demasiado sobre los que le unan. El gran problema consiste en hacer aceptar por sus adherentes, las premisas que usted haya sentado. No estoy muy seguro de que por aquel medio haya fortificado usted su posición. En mi sentir, el hombre solitario es el más fuerte. Pero yo estoy aquí al abrigo de los elementos y usted, en cambio, se halla expuesto al huracán; y eso modifica mucho las cosas.

Adiós por esta vez, querido Brandes. Tenga usted un pensamiento amistoso para mí y mi tarea, en medio de las preocupaciones que, de hoy más, asumirán una importancia única a sus ojos, por cuanto están íntimamente relacionadas con lo que reputa usted su patrimonio espiritual.

Disculpe la precipitación e incoherencia de estas ideas y considéreme su afectísimo

ENRIQUE IBSEN

(*Caratula*, Buenos Aires).

1 Enrique Steffens, noruego. Estudió filosofía en Alemania; dió sensacionales conferencias en Copenhague, en 1802, e introdujo en Dinamarca el romanticismo alemán.

2 Brandes solicitó una cátedra en la Universidad de Copenhague pero sólo treinta años después lo nombraron prefesor.

1 El *Circulo Literario*, fundado en febrero de 1872 y del cual formaron parte el poeta Holger Drachmann y el novelista J. P. Jacobson.

Carta de Unamuno

(Viene de la página 312)

ran personas honradas que no lo son. El primero de ellos, el M. Anido, pues el trío es M. Anido=Borbón Habsburgo =Primo de Rivera y en este orden: Primo el pelele que tapa a los otros que le tiran de los hilos es un loco pero con locura moral,—o inmoral si se quiere. Y lo que quiero hacer constar que en mi caso—porque constituyo un caso—no se trata de pleito individual que como a individuo aislado me toque—sino de algo personal, y la persona es lo representativo y social, lo humano común. Al defenderme atacando, defiendo el alma eterna y universal de mi pueblo. A toda una iglesia civil libre. Ni me importa que alguien encuentre ridícula mi posición. Aprendí en mi Señor D. Quijote lo que vale la pasión de la risa y que no se pierde ni el dar al aire zapatetas en camisa o medio desnudo.

Lo que está agonizando en España viene de lejos. Con la muerte del príncipe D. Juan—en Salamanca!—único hijo varón de los Reyes Católicos a fines del siglo xv, cuando se descubrió América, desapareció la posibilidad de una dinastía española, indígena, castellano-aragonesa. Carlos I.—V de Alemania—hijo del Hermoso de Borgoña, un Habsburgo y de la Loca de Castilla, llegó a ésta, sin saber apenas castellano, rodeado de flamencos y trayendo la política habsburgiana, la hegemonía de la casa de Austria en Europa y la Contra Reforma. La América que se acababa de descubrir no era sino una mina de donde sacar recursos, oro, ya que no hombres para su fatídica política. Y así de espaldas a América —y a Africa— vertiose la sangre española en Italia, Francia, Paises Bajos, por asegurar la hegemonía Habsburgiana y contra los reformados. Y así siguieron Felipe II, III y IV y Carlos II que nunca se españolizaron. Y les siguieron los Borbones, tan extranjeros en España como los Austrias. Y hoy sufrimos a un Borbón Habsburgo, más Habsburgo que Borbón y tan Carlos II como Fernando VII. ¿Y el pueblo? —se dirá. Mi amor a la verdad que es la justicia, y en mi amor a la verdad, mi amor casi desesperado a mi pueblo me obliga a confesar, a profesar,—pero como profeta y nó como profesor— que el pueblo fué seducido y arrastrado por Habsburgos y Borbones y que se le hizo creer que continuaba la cruzada de la reconquista. Y lo digo por patriotismo, por aquel ardiente y desesperado patriotismo que a mi inolvidable Guerra Junqueiro, le hizo al final de su magnífico evangelio PATRIA crucificar al pueblo portugués con este inri: «Portugal, rey de Oriente». Sí, la terrible envidia frailuna y castrense —conventos y cuarteles son ciénagas de envidia misológica— la que creó la Inquisición es la que alentaba en no pocos conquistadores, más sansón-carrasqueños que quijotescos. Sí, sí, mi pueblo, el pueblo de mis entrañas tiene que expiar sus pecados. No ha sabido resistir a esa infame cruzada de Marruecos y al «¡guerra, guerra al infiel marroquí!» Y por fin le han puesto encima como enseña de baldón ese Primo de Rivera que por terrible contraste se llama... Pero no, en la escuela le conocían

por Miguelón, luego por Miguelito, Más Miguel? Miguel, nó. Porque vea Ud., Miguel es uno de los tres o cuatro nombres cristianos que tienen por patrono no a hombre que fué de carne y hueso sino a espiritu puro. Miguel es nombre arcangélico. Y luego, vea los cuatro Migueles de la España eterna y universal: Miguel de Cervantes soldado que vuelto manco en Lepanto, de su manquera sacó a D. Quijote, como Iñigo de Loyola soldado vuelto cojo en Pamplona, de su cojera sacó la compañía de Jesús. Miguel de Legazpi, escribano vasco,—de los míos!—en Méjico que con la pluma sin derramar una gota de sangre, políticamente ganó para los Habsburgos de España, las Islas Filipinas, esas islas en que siglos después en tiempos de D. Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estrella y grandísimo ladrón, su sobrino Miguelón—Miguelito—que le heredó marquesado y ladronería—intervino en el pacto de Siacuabató. Y a propósito el crimen mayor de la España de la Regencia y de la Regencia habsburgiana de España, fué el asesinato del noble Rizal, el indio, y espero que un día el pueblo español contrito, haga elevar por suscrición en Manila un monumento expiatorio a la memoria de Rizal, como los calvinistas han hecho elevar en Ginebra uno a la memoria de Miguel Servet. Nuestro tercer Miguel, martir de la libertad de conciencia, a quien Calvino al hacerle quemar, le ahorró el que acaso hubiera sido quemado, si lo cogen, por sus compatriotas. Y el cuarto, Miguel de Molinos, héroe también de la pluma como los otros tres, el que enseñó la doctrina de auto-disciplina, de heroica obediencia a sí mismo, de vigoroso individualismo anti-jesuítico. Y junto a Cervantes, Legazpi, Servet y Molinos, le vamos a llamar Miguel a ese fantoche hueco? Claro que no, hombre. Más sus días de tapar la tiranía están contados. El muy mentecato no hace sino pedir merced. Entrevé todo lo perverso de su fatuidad. Y detrás de él tiembla su maese Pedro, su amo, el que lo maneja, ese tenebroso M. Anido, símbolo de la barbarie jesuítico-pretoriana. Y también tiembla no sé porqué esa cuitada burguesía que por miedo cerval al incendio bolchevique,—el espantajo!—ha entregado su casa y sus bienes a los bomberos para que se la desvalijen y destrocen.

Pero basta que el seguir esto sería el cuento de nunca acabar.

Gracias, amigo mío, y adentro con *Amauta.*

Le desea a ésta vida fecunda aunque sea corta—revista que envejece, degenera—y a su Perú, justicia en la libertad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Hendaya, 28. 9. 1926.

El régimen militar en Chile

Un nuevo golpe militar ha destruído el régimen civil de Chile. Contra el primero, hubo una vigorosa reacción, se normalizó el país y aun se logró darle a la República una constitución nueva. En esta constitución se resolvieron algunos de los más urgentes problemas políticos de Chile. Sobre todo, desapareció el régimen parlamentario que se había convertido en un verdadero estorbo para la actividad nacional, se estableció en cambio el sistema ministerial bajo el control del Presidente de la República, que parece ser lo más adecuado para nuestros estados. Se estableció, además, el régimen de consulta directa al pueblo acerca del proyecto de constitución. El defensor más decidido de estas dos reformas lo fué el ex-Presidente Alessandri. Si el movimiento militar anterior pudo justificarse por un estado de desorden nacional, el de ahora no se nota que responda a necesidades efectivas de la vida nacional sino a discordias de partidos políticos, a preocupaciones de círculos, o a ambiciones de hombres. De esta vez el régimen militar se ha impuesto con una extremada violencia, por una parte, y se ha justificado o ha querido justificarse, entre otras razones, en lo de que el bolcheviquismo ruso ha logrado interesar la opinión chilena.

Es muy posible que lo de bolcheviquismo sea un pretexto forzado, como antes lo fué el anarquismo. Problemas sociales sí debe haberlos intensos en Chile, más que en cualquiera de las grandes naciones de Sur América. Chile no posee las fuentes de riqueza de Argentina ni de Brasil. De manera que es natural que el trabajador chileno sufra mayores inquietudes que los otros. Pero es también natural pensar, que si los estadistas chilenos han abordado estos problemas sociales, difícilmente han querido imponer una fórmula comunista, menos en este momento en que el sistema comunista ruso pasa por gran crisis y es objeto de un profundo examen imparcial. La lucha está circunscrita en Chile al conflicto natural entre las clases conservadoras, para usar una palabra bastante comprensiva, capitalistas, dirían otras gentes, y las clases democráticas, o trabajadoras. Para Chile es sumamente grave el poder que ha desarrollado el ejército. Chile no pudo evitar que el ejército aspirara algún día al ejercicio del gobierno. Nosotros suponemos, con viva esperanza, que en aquel país, la situación de intereses contradictorios quede reducida al final al ejército de un lado y las clases civiles del otro. La impresión que se nos ha hecho sentir de la República de Chile, nos hace confiar en que el ejército o mejor dicho, la violencia, no podrá destruir el espíritu de civilidad fomentado por las instituciones universitarias y por una larga experiencia de discusión pública.

Si los grandes países de la América del Sur, cayeran en la vorágine de las discordias políticas que sirven de pretexto a los poderes militares para asumir el mando de las repúblicas, tendríamos que comenzar a pensar si no tienen razón los que creen en la impotencia de los países nuevos y desorganizados para vivir con éxito la organización democrática. También grande peligro hay en que, por razón de un ritmo histórico, la América entre en el ciclo de conmociones militares que la agitaron en los primeros días de su vida independiente, en que adquirieron fortuna los caudillos a lo Rosas y en que la institución suprema de la República era el patíbulo para los ciudadanos pacíficos o rebeldes. Terminamos este breve comentario con las palabras de Alessandri, por expresar ellas sintéticamente la única doctrina vital de nuestras democracias americanas: «En nuestro caso lo más necesario, lo fundamental, lo indispensable, es restaurar el orden institucional de la República para encontrar allí las garantías de orden, libertad y de todos los derechos que constituyen el bien más preciado de los pueblos civilizados.»

RÓMULO TOVAR

San José—Costa Rica.

Página lírica

Mar de las Antillas

¡Mar de las Antillas, maravilloso mar!
El mantón de manila que sabe de fiestas
y de tragedias hondas allá en el torear,
ignora muchas cosas que saben tus crestas.
¡Mantón de manila de sedas de colores,
alma de los querubes, cita de los dolores!
Cuando se navega sobre tus ondas sonoras
parece que se hechiza la presencia de las horas.
¡Tanto se sueña al lomo de tu ferocidad dormida,
que parece todo un sueño y se espera en la vida!
Y aunque entre lo azul de tu ola y tu cielo
zozobrara entre sombras de tempestad el vuelo
del milagroso nauta, pareciera que esperas
en tu serenidad, que tornen de aquí nuestras banderas!
¡Mar de las Antillas, maravilloso mar!

Cabo Gracias a Dios

La miel bebe la quilla del matutino mar.
A babor, lo infinito; la costa al estribor.
Hacia el norte renace el argento estelar
sobre este eterno verde, bajo el matinal claror.
Hay en esta ruta como un convite a volar;
¡es alegre la fiesta que da en el cielo el color!
El barco va a doblar frente a «Gracias a Dios»;
los ojos que lo esperan escrudiñan el mar;
y donde al fin el cabo punza en el mar, feroz,
dos cruceros de guerra ponen su iniquidad sin par.
Ha tiempo que pasamos. La placidez del navegar
tiene ensueños de otrora; cada ola es una voz
y es la línea horizontal un misterio por revelar.
El humo de los cruceros finge como una hoz.
Hemos doblado el cabo de «Gracias a Dios».

¡Oh Colón!

Surcando estas aguas, para ti talismánicas,
oh Colón! he pensado de ti,
que nosotros marcamos tantas millas por hora
y es nuestra alma tan sólo mirar hacia el confín...
y que de ti, que en una pobre carabela ridícula
se te ocurrió un buen día llegar hasta aquí,
sólo puede decirse: «¡Qué imbécil fué Colón!»
¡Sólo esto, oh Colón, he pensado de ti,
entre estas bravas olas, bajo estos cielos hondos,
sobre este mar inmenso que nos hace esperar!

¡Tierra mexicana!

¡Tierra mexicana! ¡Desde hoy el calor
sale también de tierra, que no sólo del sol!
La loma requemada sufre como un sopor
y se abandona solitaria en un interminable caracol
que se prolonga y se repite sobre el inmenso confín...
¡Oh estas tierras desiertas que goza sólo el henequén!
Tras los filazos bruscos de cimitarra o de espadín,
hay ojos que nos miran y perforan nuestra sien,
sólo por ver si somos amigos o enemigos,
si se corren delante nosotros los postigos
o se perfora en serio y se riega el carmín...
Pero todos pasamos. Buenos, torpes, ignaros,
o astutos, pícaros, malos. La loma se extiende
siempre gris frente a nosotros. ¡Pareciera que hay raros
destellos en sus crestas, que sólo el amor entiende!

Aquí nos parece que se hizo tierra el mar.
Cuando estaba bravío y se iba ya a desbordar.
Porque las cordilleras se repiten y las hondonadas están
como queriendo columpiarse en el febril afán.
Hasta en las mismas crestas el mar se eternizó;
la espuma de los oleajes en nieve se convirtió.

RAFAEL ESTRADA

San José—Costa Rica. 1927

Voladores

A Porfirio Barba Jacob

Los niños juegan a los *voladores*
en la calle que da al poniente rosa;
el juguete, una estrella de colores
gira en la brisa clara y luminosa!

Corren a contra viento, salpicando
con risas de cristal la tarde pura,
en sus manos la estrella va girando,
¡emblema de belleza y de ventura!

El viento les despeina los cabellos,
quiere cegar sus ojos, pero éllos
sólo ríen a su maga estrella inquieta!

Así llevo mi noble sentimiento,
estrella de color, contra los vientos
adversos a mi juego de poeta!

Enero. 1927

Lied

A Rafael Alberto Arrieta

La abuela duerme a la nieta;
¿qué cuentos le contará?:
la nieta abre sus ojitos
y ve los cuentos pasar.
La abuela habla dulcemente
con acento maternal;
cierra sus ojos cansados
de vivir, para soñar.

Agosto-1926.

Olvido

Corría diciembre,
no sabía de mí
¡perdido en las rosas
que abrió tu jardín!
¡Aún corría diciembre
cuando me encontré
convertido en polvo
de olvido
que besó tu pié!

Diciembre-1926.

Cabecita de oro

(Jorgito)

A S. Umaña.

Retuve entre mis manos el tesoro
suave, leve, inquietante, delicado,
y acaricié los finos rizos de oro,
olas de un mar pequeño y encrespado!

Le revolví los rizos cual jugando
con volutas de sol hechas de seda,
y un beso le dejé, mariposeando
en sus rubios cabellos, que a reseda

olían; después la cabecita de oro
huyó de mí por el jardín florido,
ocultose detrás de un sicomoro.

¡Y quedaron mis manos temblorosas,
pues con ellas había retenido
un mundo en gestación de bellas cosas!

Enero-1927.

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia—Costa Rica.

Hoy 15 de mayo

Para GARCÍA MONGE, *joven y optimista siempre.*

La vida me ha dado llegar a la cumbre
de los treinta años;
y frente a mí mismo me interrogo y pienso
si fueron vividos o fueron gastados,
y hallo que yo todo
florezco en mis años;
siento el alma joven,
siento el cuerpo sano
y detengo el ímpetu jovial que me impulsa
a ser como un potro nervioso y alado.

Hay una perenne y serena alegría
que se quiere salir en mis cantos,
una gran ternura comprensiva y honda,
tal si fuera flotando en los ámbitos
un aliento sutil de belleza,
una oleada vital de lo Alto,
y con mi alma abierta
como un ventanal áureo,
siento hasta la luz que hay en los aires
y el mundo todo como en mí volcado!
Y en vez de cantar elegías
a tiempos pasados,
y en vez de sentir apagada
el alma en los años,
bendigo a la vida que quiso
darme tantos dones y tantos milagros
y pido al Señor de los Cielos,
hoy, 15 de mayo,
que me dé este vigor para siempre
y ahogue el instinto que puede venirme saltando
y me haga digno de vivir la vida
celeste a Su lado
y que no se extinga
esta fuente optimista del ánimo!

ROGELIO SOTELA

San José—Costa Rica.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

El reparto de la dádiva

Una vez hubo un rey que tenía dos hijos: al mayor lo destinó a reinar y pensó en abdicar en él la corona; al más joven lo envió a la Universidad, para que adquiriera saber, ya que no le había de dejar riqueza alguna. El hermano mayor vivía en el palacio de su padre, libre de cuidados; pero el más joven, en la Universidad, empleaba mal el dinero que recibía para costear sus estudios. Entonces fué a ver al rey un amigo suyo, el cual había pasado antes por la Universidad y visto que el mancebo no empleaba su tiempo en la ciencia ni en estudios, sino en cosas malas, y se lo dijo así al rey. Y el rey hizo llamar al mozo y le preguntó por qué no quería estudiar, y el mozo le respondió que aquello no era propio de él, siendo como era hijo de rey, a lo cual el rey le dijo:

—Como ves que tu hermano vive alegremente junto a mí, querrías llevar tú la misma vida. Pero has de saber que no puedes hacerlo, porque después de mi muerte, tu hermano, a quien dejo mi reino, tendrá para vivir: pero a ti te he mandado a la Universidad para que cuando yo no exista puedas valerte por ti mismo.

No obstante, como el rey conoció que no deseaba aprovechar los estudios de la Universidad sino permanecer, como su hermano, en casa de su padre y no trabajar en nada, le hizo comer a la mesa de los criados.

Entonces el mozo rogó a sus amigos que suplicaran a su padre que volviera a permitirle ir a la Universidad, y los amigos lo hicieron así, y el rey atendió su ruego; pero ya no le dió tanto dinero como antes.

Un día, el rey lo llevó consigo a una cámara donde había varios cofres con su dinero, y le dió la llave de todos ellos y le dijo:

—Abre el que tú quieras, y lo que encuentres en él te pertenece.

Y abrió uno de los cofres, y había en él veinte florines, y el rey dijo:

—Por cierto que no recibirás otra cosa de mí.

Y como el príncipe, mirando, por casualidad, al suelo, descubriera una blanca, también se la dió su padre, diciéndole:

—Toma también esa moneda, y así tienes veinte florines y una blanca.

El mozo cogió el dinero y se puso en viaje para ir a la Universidad, y por el camino encontró a un hombre que llevaba un cesto a la espalda y le preguntó qué contenía el cesto. Díjole el hombre:

—Un pez maravilloso, que tiene la cabeza como oro, el cuerpo como plata y verde la cola.

El mancebo hizo que le enseñara el pez, y le preguntó si quería vendérselo. El hombre dijo:

—Sí.

—¿Qué pides por él?

—Veinte florines.

Y el mancebo le dió todo el dinero; y de este modo no conservaba ya más que una blanca. Y mientras el vendedor contaba el dinero, el mozo volvió a colocar el pez en el cesto. Pero cuando el vendedor vió lo que hacía, le dijó:

—Te he vendido el pez, pero no el cesto; si quieres también el cesto, tienes que pagarme por él una blanca, pues, ese es su valor.

El mozo, que vió que no podía llevar el pez sin tener en qué colocarlo, le dió también la blanca, y de este modo tuvo ya disipado todo el dinero que su padre le había dado para sus estudios. Y se echó a la espalda el cesto con el pez y siguió adelante.

Al cabo de un rato, vió un hermoso castillo, algo apartado del camino, y a un hombre que se cruzó con él le preguntó quién vivía en aquella residencia. La respuesta fué esta:

—Allí vive un noble señor, grande y tan generoso, que aún no ha habido nadie que le haga un servicio, por pequeño que sea, que no haya sido regiamente recompensado.

El mancebo acercóse al castillo, y fué al portero y le dijo que quería hablar con el señor. El portero le preguntó qué quería de él, y el mozo le dijo que le traía un regalo. Y el portero dijo:

—Es uso en esta corte que yo tenga que ver los regalos antes de que sean presentados al señor.

Y el mozo le mostró el pez. Entonces el portero dijo:

—La cabeza es mía, pues es costumbre que cuando viene caza o pesca de regalo, se me entregue la cabeza como mi parte.

El mozo pensó que faltándole la cabeza, el regalo sería peor y menos bello, y, por lo tanto, le dijo al portero:

—Te ruego que me dejes pasar, y recibirás la mitad de mi recompensa.

Con ello quedó conforme el portero.

Y el mancebo pasó adentro, y llegó adonde estaba el soldado que guardaba la puerta de las cámaras, y éste reclamó la parte central del pez, porque tal era el uso de aquella corte, y el mancebo le dijo: Si fueras tan magnánimo como el portero, a quien prometí la mitad de mi recompensa, te daría la mitad de la otra mitad.

Y con ello, le dejó pasar el soldado.

Entonces llegó el mozo junto al camarlengo, quien pidió la cola diciendo:

—Es costumbre en esta corte que todas las colas sean para mí.

Y el mozo le dijo:

—He prometido al portero la mitad de la recompensa que yo obtuviera, y al alabardero de la puerta la mitad del resto, y, por lo tanto, te ruego que me dejes pasar, y te daré lo que me haya quedado para mí.

El camarlengo estuvo conforme, y lo dejó pasar, lo mismo que sus compañeros, en la esperanza de obtener gran recompensa.

El mancebo llegó hasta el señor y le mostró su su regalo, y el señor lo recibió gustoso y le dijo:

—Es un presente hermosísimo; a cambio de él, pide lo que quieras de cuanto yo pueda darte, y si demuestras sabiduría en tu petición, te daré además a mi hija por esposa y con ella todo mi reino.

Oyeron esto los criados, y unos le aconsejaron que pidiera un castillo; otros que pidiera oro o plata; otros, diversos preciosos objetos. Mas el mancebo, después de haberlo oído todo, le dijo al señor:

—Señor, esta gente me aconseja que os pida un castillo, oro o plata. Pero yo os digo que no quiero nada de eso, pues de lo que me dierais, siempre tendría que darle la mitad al portero, y al soldado de la puerta la mitad de lo que quedara, y el camarlengo debería recibir el resto. Por eso os pido, señor, que me deis doce bofetadas; de las cuales serán seis para para el portero, tres para el guardia y tres para el camarlengo.

Y el rey, que reconoció la sabiduría de su petición. le dió además su hija y su reino.

(De *Cuenntos de la Edad Media.*
Ed. de la «Revista de Occidente». Madrid)

Elogio de la lengua materna

Los que somos de origen hispano, consideramos esta lengua como cosa sagrada. Ella ha sido intérprete de las glorias y de los pesares de la patria; en ella recibimos el precioso legado de nuestra historia; en ella están escritos nuestra fe de bautismo y el epitafio de nuestros padres; con un grito de esa lengua expresó nuestra madre el angustioso dolor de nuestro nacimiento y con ella gorjeó en nuestros oídos su primer dulce caricia; con ella pusimos melodía a nuestros primeros acentos; con ella balbuceamos nuestras primeras oraciones y recibimos los primeros consejos; con ella penetraron a nuestro cerebro las enseñanzas de la Ciencia; con ella expresamos a la amada de nuestro corazón, nuestro sincero cariño y sus melifluas palabras llenaron de gozo nuestras almas; en ese idioma, al borde de la cuna, dimos la bienvenida a nuestros hijos y al borde del sepulcro, dimos la despedida a nuestros padres; y con él hemos expresado nuestras alegrías, nuestros dolores, nuestras glorias y nuestras decepciones; en esa lengua hemos pedido a Dios el pan de cada día y el consuelo de cada instante; y ella vibrará por última vez en nuestros labios cuando, al final de la jornada, enviemos el postrimer adiós a la vida.

MAGON

Costa Rica

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

De los autores:

Juan Marinello (Reina 27. Habana. Cuba). *Liberación.* Poemas. Ornamentación de Jesús Castellanos. Editorial MUNDO LATINO. Madrid.

Ernesto Mario Barreda (Fernández Blanco 2329. Buenos Aires. Rep. Argentina). *Los Brazaletes.* (Selección poética. 1908-1925. Editorial «Buenos Aires». Cooperativa Editorial Limitada. 1926. Con una carta inédita de Julio Herrera Reissig.

José María Delgado (San Salvador 2309. Montevideo. Uruguay). *Metal.* Montevideo. Agencia General de Librería y Publicaciones. 1926.

Dr. Fed. Henríquez i Carvajal (Santo Domingo. Rep. Dominicana). *Cuba y Quisqueya.* Discursos y Conferencias. La Habana. Imp. «El Siglo XX». 1920.

Fed. Henríquez i Carvajal. *Pájinas Electas.* Tópicos jurídicos, económicos e internacionales. Santo Domingo. 1926.

Eduardo Abril Amores. (Habana. Cuba). *Surcos de redención.* Habana. 1926.

José Vasconcelos. (Northwestern University. Evanston, Ill. U. S. A). *Indología.* Una interpretación de la Cultura Ibero-Americana. Agencia Mundial de Librería. París.

Francisco García Calderón. (28, Remusat, París). *Europa inquieta.* Editorial MUNDO LATINO. Madrid.

María Enriqueta. (Lista 66. Madrid). *Album sentimental.* Poesías. Ilustraciones de la autora. Madrid. 1926.

Alberto Lamar Schweyer. (Ap. Postal 1781 Habana. Cuba). *Biología de la Democracia.* (Ensayo de sociología americana). Editorial Minerva. La Habana. MCMXXVII.

Carlos Sabat Ercasty (San Salvador 1674 Montevideo. Uruguay). *El vuelo de la noche* (Poemas). Xilografías de F. Lanau. Montevideo. MCMXXV.

Amanda Labarca Hubertson (Liceo ROSARIO ORREGO. Santiago de Chile). *Nuevas Orientaciones de la Enseñanza.* Biblioteca de Educación. Vol. I. Imp. Universitaria. 1927.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones

Los escritores chilenos y la dictadura militar

Amigo García Monge:

El único refugio que nos queda para poder decir algo de verdad es Repertorio Americano.

Le adjunto unas dolorosas líneas sobre la situación chilena y los escritores. Cuando esta carta llegue, ya lo habremos perdido todo: honor conciencia y libertad.

Le estrecha la mano.

A. CASTELBLANCO.

Santiago de Chile, abril de 1927.

CUANDO las circunstancias provocan un cambio de Gobierno y especialmente de régimen de Gobierno, la opinión pública se divide en partidarios y enemigos del nuevo orden de cosas. El término medio, es decir, los indiferentes, escasea y forman en sus filas sólo los viejos, por esterilidad vital más que por otra cosa. La juventud generalmente, toma una bélica postura, sobre todo si se trata de regímenes de fuerza e imposición. Los intelectuales—a quienes se considera como guardas de los más altos principios libertarios—o asumen el papel de espectadores en un país pobre en cultura política o se adscriben como dirigentes a las tendencias de izquierda. Ocurre también que por influencia de la atmósfera histórica—en aquellos países en bancarrota—juventud, intelectuales y hombres de todas categorías, defienden sus intereses o tratan de supervivir en las mejores condiciones posibles, y por una especie de gimnástica moral y flexibilidad de espíritu,—sin escrúpulos ni conciencia a quien temer—se adaptan a cualquier Gobierno que invista la suprema dirección.

El último lustro de vida política chilena ha podido contar así con la opinión pública y lo que es más doloroso, con el silencio de los intelectuales y a estas fechas, con la voz de los escritores y artistas, primero en un desgraciado Manifiesto y con el concenso en la prensa después, de sus figuras más representativas.

Preciso es advertir, sí, que los escritores en Chile han tenido nula participación en la vida pública y que apenas se advierte su presencia. Decíamos, analizando el movimiento militar del 5 de septiembre de 1924, que «un error de perspectiva ideológica y una falta completa de sentido público, había hecho incurrir a los escritores en la inconsecuencia de lanzar un Manifiesto». Persistimos en dicha afirmación, recalcando que esta vez ha sido más vergonzoso su servilismo, por ser tal vez más autoritario el Gobierno que tenemos.

Eduardo Barrios con un caluroso elogio al Coronel Ibáñez consigue la dirección de la Biblioteca Nacional. Pedro Prado, que ambicionaba también este cargo, ha ido a parar a la Legación de Colombia. En abigarrado consorcio los admiradores del régimen preparan un álbum que se entregará al Coronel Ibáñez, con loas de Mariano Latorre, Carlos Silva Vildósola y muchos más, que han arribado a la tierra prometida.

Joaquín Edwards Bello—compañero Torres Ríoseco, sufre usted un error y muy grande, al pensar que este chileno haya sido el único que se atreva a decir una palabra en contra de la dictadura del Coronel Ibáñez—ha gozado de muchas comodidades, pues en todo gobierno encuentra asiento, para poder emitir un juicio sincero y valiente. A estas horas se desentiende de cuanto acaece en la República y no sería capaz del menor sacrificio ni riesgo.

Y así, largo resultaría enumerar a todos los escritores que se prestan a espaldar un régimen ficticio de bienestar y tranquilidad, como el de Porfirio Díaz en México.

A la prensa no es posible pedirle una opinión libre, ya que la fuerza moral que la sustentaba—los escritores—ha perdido toda eficacia y responsabilidad.

Yo me atrevo a decir que los escritores y artistas de Chile han traicionado al pueblo y acallado la voz íntima de su conciencia. Ellos son siempre en los acontecimientos históricos los últimos baluartes de la libertad personal y de prensa. Cuando acontece lo contrario, hay que dudar de su valor moral y ya no son entonces más que un fantasma de intelectuales. Se les suspende toda confianza y en un cambio de régimen, en que las clases proletarias asuman el poder, no sería raro que se les calificara de traidores y desleales, al ir a ofrecer nuevamente su concurso, como lo han hecho hasta aquí, sin principios que defender ni doctrinas que sustentar.

Chile tiene que rehacer las bases de su conciencia pública y no sé, si los intelectuales desatienden su misión defensora de las libertades ciudadanas, adcribiéndose a todo régimen imperante, quiénes van a incitar la revolución que urge empezar.

Queda la juventud, y dudo de ella en esta hora de tanta mentira y subterfugio; pero, ojalá hablase virilmente, como una severa lección de energía y heroísmo.

En tanto América nos observa, muchos espíritus sin concomitancias ni intereses con Gobierno alguno, defienden nobles principios, no obstante todo el espejismo que sufre la opinión pública y como una amplia crítica a la patria tiranizada.

AGUSTÍN CASTELBLANCO.

Santiago de Chile, abril de 1927.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica